

ADIÓS A POLOSKI

Recibo un mail de Moisés Fierro. Me cuenta que está grabando un nuevo disco completamente solo, encargándose de todos los instrumentos. Agrega que a veces despierta deprimido. Me pregunta dónde estoy. Dice que sería bueno vernos.

Al final, como si fuese un detalle insignificante, agrega: “Encontraron muerto a Roberto Poloski. Se suicidó”.

Inmediatamente recuerdo ese departamento triste del barrio República, el descuido terminal, las cosas tiradas en el piso, los proyectos anotados en una libreta sobre un escritorio viejo, la cocina llena de grasa, la inmensa tristeza de un volante de delivery pegado en la pared. Para mí –y esto es una apreciación muy personal y, sí, probablemente superficial– la desolación inmobiliaria se mide por la iluminación del espacio. Poloski usaba ampolletas sin pantalla, lo que transformaba su hogar en una suerte de oficina de partes, o un cuartel de interrogatorios. Hasta en mis momentos de mayor pobreza me preocupé de que la luminosidad fuese amable. Todo lo demás puede fallar, pero no la luz.

Antes dije que Poloski era una de esas personas que nunca concretaban un proyecto, pero ahora pienso que matarse no es un proyecto menor. De hecho, es el más valiente de todos. Lo admirable de tipos como Poloski es que, cuando perdemos las esperanzas de que logren algo en la vida, nos sorprenden con una obra magna que nos deja con un dolor imborrable en el pecho. Como cantaba Peter Laughner, ese ignorado genio proto-punk que murió borracho a los 24

años en la casa de sus padres: “A ver si puedes hacer algo tan absurdamente cruel como Sylvia Plath”.

Poloski no dejó su *Ariel* ni un mito por explorar. Solo una anécdota brutal en nuestro micromundo: lo encontraron ahorcado, casi dos semanas después de matarse. Eso es realmente desolador, que nadie te reclame, que ni la muerte sirva como redención de asuntos terrenales. Como el pobre de Richard Brautigan, a quien encontraron un mes después de volarse la cabeza con una Magnum .44.

Lo que importa es que Poloski fue un buen tipo, un niño-adulto atrapado en una vida que para él siempre pareció la fiesta equivocada. Desde el hogar en que se crió: una casa desolada, con un padre ausente y una madre adicta a los barbitúricos. Su salvación fue probablemente la tía Euge, una solterona de mediana edad que andaba en moto y escuchaba hard rock. Ella le enseñó a fumar, a portarse mal, lo transformó en el creep siniestro que, durante la adolescencia, asustaba a las chicas como un rebelde con causa que podía cometer un crimen. Esa era, al menos, la sensación que provocaba. Yo siempre supe que era un tipo indefenso, a pesar de que había algo siniestro en la intensidad de su mirada, en el acné que nunca pudo erradicar de su rostro, en un comportamiento condescendiente que parecía esconder siempre una pequeña estafa.

Luego comenzaron sus proyectos culturales. Hubo de todo. Recuerdo que me contó de festivales literarios, de un programa de televisión conducido por él, de una banda musical. Una vez me presentó a un supuesto escritor famoso con el que estaba trabajando. Me habló de Rainer María Rilke, de manifiestos, de cosas que ignoré automáticamente por agotamiento de recepción. Y sí, eso me pasaba con Poloski. Me aburría enormemente. Ahora, de alguna manera,

siento su partida porque es brutal, y porque ya no lo veré deambulando por la ciudad con proyectos fantasmas.

¿Es falso sentirse apesadumbrado por la partida de alguien que nunca aceptaste como amigo?

Ahora lo acepto. En el hotel reproduzco a todo volumen una canción de Billie Holiday –una vez me dijo que le gustaba– y reviso su cuenta de Facebook. En la foto de su avatar mira serio a la cámara, con la barba larga que usaba en el último tiempo y un sombrero que lo asemeja a un cantante de música tropical. O algo así. En su muro nadie lo despide. Hay solamente un posteo, de un tal Luis Silva, un tipo de unos 50 años que en su foto de presentación posa ebrio junto a una botella de cerveza. La despedida es austera, impersonal: “Adiós amigo”. Nada más. El Facebook de Poloski parece un cementerio.

Pego en su muro una canción de Lou Reed, esa que dice “el mar de carbón negro espera por mí”, y salgo a brindar por él a un bar en Avenida de Mayo. Seré el maestro de ceremonias de un funeral solitario.

El rito inicial tiene lugar en una cervecería plagada de turistas que hablan a los gritos. Me acomodo en la barra con un fernet, mientras trato de identificar la música que suena por los parlantes. Por el sonido debe ser una banda nueva. Ya dejé de seguir las novedades desde hace muchos años. Me parece que todo suena igual.

¿Habría reconocido Poloski esta canción? ¿Habría adoptado la cultura juvenil para conectarse con el mundo?

Tomo la mitad del vaso de un solo sorbo, en homenaje a él. Miro a mi alrededor como si estuviese cometiendo un delito. Entonces termino el vaso, convirtiéndolo en un

largo shot. Pido otro fernet para continuar con la ceremonia y me doy cuenta de que no puedo repetir la proeza. Ya no estoy en edad. Me quedo observando a los adolescentes.

De pronto, me tocan el hombro. Es una veinteañera de cabello corto y ojos delineados que me pregunta sin tapujos si tengo cocaína. Le digo que no. Me pregunta si quiero ir a buscar algunas líneas a una fiesta cercana. Acepto.

Se llama Argelia y estudia sociología. Habla rápido y cierra cada frase con un “boludo”. Es el tipo de chicas que siempre me atraparon cuando tenía su edad. Complicadas pero fascinantes, de esas con las que podías emborracharte como si fuese un buen amigo, con la excepción de que la tensión sexual nunca decae. Chicas masculinas que no dejan de ser femeninas, que fuman compulsivamente y tratan de espantarte con sus historias de sexo y drogas, pero no hacen más que dejarte rendido a sus pies. Ese tipo de mujer es Argelia. Lo intuyo.

En el camino le hablo de Poloski. Ella no parece tener interés. Apuramos la marcha sin decirnos nada hasta que llegamos a la fachada de una casa sombría en medio de una calle angosta y empedrada. Para mi asombro, la fiesta en cuestión se realiza en el lugar donde Luca Prodan pasó sus últimos meses de vida. Es una casa lúgubre, cerca de Plaza de Mayo. Ahí murió de un paro cardíaco el 22 de diciembre de 1987 luego de inyectarse heroína.

En lo que seguramente era el living del líder de Sumo, adolescentes bailan al ritmo de Joy Division. Argelia se integra al baile mientras yo observo el entorno en un rincón, bebiendo otro fernet.

De pronto, contemplo mi reflejo en un espejo cóncavo ubicado sobre la barra. A pesar de que tengo el mismo look de los 90 –una chaqueta negra dos tallas más chica, el pelo revuelto, los zapatos puntudos que me regaló

Julieta-, hay algo que ha cambiado irremediabilmente. No es un deterioro abiertamente declarado sino una mutación que cuesta percibir. La sequedad en el cabello, un crecimiento de la frente, un leve estiramiento en el rostro, una expresión facial de agobio que antes no estaba, un cuerpo robusto que ya no es el de la adolescencia. Y ahí estoy, enterrando a un muerto desde la distancia mientras escucho a un tipo que se suicidó hace casi 40 años en la casa de otro que murió de sobredosis hace 30, rodeado de personas que aún eran niños cuando egresé de la escuela de cine, dispuesto a consumir cocaína cuando lo único que quiero es dormir. De alguna manera, estoy retrocediendo a mis años bonaerenses como un espía del tiempo, pero ya soy otro. Y sé muy bien cómo el cuerpo rechaza el fernet cuando se lo inunda de ese líquido negro que saldrá expulsado como una avalancha de petróleo.

Cuando éramos adolescentes se decía que a los 30 años cambia todo. Eso no es verdad. Es a los 40. Ahí la vida parece ir en descenso. Comienzas a convivir con la muerte y, de alguna manera, observas la desintegración del mundo en el que habitas. Tus amigos cambian, lo que no lograste queda estampado como un fracaso impreso en bronce, las utopías desaparecen y en la cabeza el tiempo se acelera, a fuerza de pensar en tus hijos, tu jubilación, tu vejez, tu muerte. El mundo se derrumba si no te aferras a un salvavidas. Esto puede ser una creencia espiritual o una obsesión como la mía. Digamos que es una fijación a contracorriente, porque no hay cineastas que hayan despegado después de los 40. Bueno, Haneke es una excepción: debutó con *El séptimo continente* a los 47. Aunque nuevamente estamos hablando de fama cuando lo que importa es hacer. Como Henry Darger, ese vagabundo que, cuando murió a los 81 años, dejó una inmensa obra literaria y pictórica de la que

nadie sabía nada. De alguna manera, adoptando la lógica del reconocimiento, Darger nació después de morir. Como dijo alguna vez Tom Waits: “El espectáculo es el único trabajo en el que puedes hacer dinero después de muerto”.

Argelia me dice que consiguió cocaína. ¿Por qué me habrá invitado? Me cuesta entender su motivación. Tal vez la broma consistía en llevar a un cuarentón de museo como en un juego de millennials. Amablemente le explico que debo partir. No tengo energías para la conquista. No quiero caer en la dinámica de los diálogos ingeniosos y las insinuaciones. Ya estoy cansado de ese ritual. Además, ya no es necesario poseer. Puedo imaginarla, cambiarla de contexto, reemplazar esos jeans gastados por un vestido y desnudarla sobre la cima del obelisco. O puedo juntarla con la chica de los dientes blanquísimos. Son otras formas de experimentar realidades. A medida que uno envejece va viviendo con mayor intensidad en la imaginación.